

Aquiles Escalante Polo: Remembranzas de un discípulo

JOSÉ GABRIEL COLEY*

Esta breve charla no es de un especialista en Antropología, Etnología, Arqueología ni nada que se le parezca sino un conjunto de rememoraciones de un discípulo sobre un Maestro suyo, Aquiles Escalante, la Universidad del Atlántico y la Universidad Simón Bolívar, la cual, a través de la mediación del filósofo Eduardo Bermúdez, tuvo la gentileza de invitarme a participar en este acto académico que en buena hora enaltece su memoria. Está hecho básicamente con sustancias de recuerdos sobre situaciones históricas y personales que me vinculan a este homenaje y las cuales decidí hacer públicas ante ustedes. Espero que al final sepan entender mis intenciones.

1. Aquiles, mi profesor

En el 2021 pasado, se cumplieron 50 años del movimiento nacional estudiantil de 1971 en el cual participó activamente la Universidad del Atlántico, donde fui uno de los dirigentes de esas justas. Ese fue nuestro mayo francés tardío. Queríamos transformar la universidad colombiana retomando las banderas democráticas del Manifiesto

* Magíster. Universidad del Atlántico.

de Córdoba, tales como autonomía universitaria, cogobierno, gratuidad de la enseñanza, cátedra libre, autarquía financiera y otros sueños que hoy por fin aspiramos ver cristalizados con la reforma a la educación superior prometida por el actual gobierno de izquierda democrática. Otros estudiantes de ese movimiento, más radicales aún, decían que solo transformando la sociedad se podría transformar la educación.

Yo pertenecía a una organización política llamada Comandos Camilistas en honor al cura guerrillero Camilo Torres Restrepo fundador del Frente Unido y que murió en combate en las filas del ELN. El padre Camilo había sido capellán de la Universidad Nacional de Colombia además de sociólogo y creador del programa de Sociología de la misma universidad y estuvo muy relacionado con Golconda, un grupo de sacerdotes católicos rebeldes pertenecientes a la Teología de la Liberación, como expresión latinoamericana del Concilio Vaticano II del Papa Juan XXIII, pero nosotros teníamos más influencia castrista y de la revolución cubana, lo que nos hacía más extremistas. Cometimos muchos errores y algunos aciertos, entre ellos el logro de reivindicaciones académicas, la vinculación de profesores de avanzada y el nombramiento de un rector nuestro que recayó en cabeza del economista latinoamericanista José Consuegra Higgins. Por primera vez en la historia de la Universidad del Atlántico conseguimos definir rector, y de verdad que su administración fue admirable desde el punto de vista académico y cultural. Como un dato hermoso recuerdo que lo primero que hizo fue abrir una librería con precios bajos que eran subvencionados por la universidad y se la dio en administración al poeta negro Jorge Artel, de admirable pluma combativa.

Pero igual quiero confesar hoy ante ustedes que incurrimos en crímenes de ‘lesa universidad’. Y por eso nos hicimos odiar, y todavía esos odios no se extinguen totalmente medio siglo después. Fuimos utilizados para una carcería de brujos entre los cuales fue blanco el maestro Aquiles Escalante Polo, quien había sido mi profesor de Antropología física y Antropología cultural, pero era masón. Hicimos una lista negra de docentes —y perdón por la expresión que bien pudiera parecer racista— para ‘limpiar’ la universidad de miembros de esa secta secreta, porque si bien era cierto la Francmasonería había jugado un rol importante durante las revoluciones burguesas del siglo XVIII y en las guerras de independencia de América del siglo XIX, actualmente representaba fuerzas oscuras, anacrónicas y reaccionarias al servicio de los intereses del capitalismo y del imperialismo y, por tanto, enemigos de la revolución. Ese era nuestro discurso de clichés. Ante semejante afrenta, el maestro Aquiles lo asumió con calma diciendo con frecuencia: «Yo nunca he dicho que soy revolucionario, soy un liberal. Yo no peleo, soy hombre de paz, son ellos los comandos y están en guerra».

A final del movimiento no pudimos transformar ni la universidad ni la sociedad, sino que el Estado en cabeza del conservador Misael Pastrana Borrero, que le había robado el poder a Rojas Pinilla el año anterior (1970) a través de un público fraude electoral (lo que daría origen al M19, guerrilla donde militó Gustavo Petro), retomó el control de las universidades públicas y nosotros en la del Atlántico perdimos a nuestro rector, fuimos expulsados (en mi caso particular solo me faltaba un semestre para graduar) y la universidad militarizada. Hubo persecución y cárcel para los líderes (yo caí en Cartagena y estuve 101 días preso por órdenes del gobernador de Bolívar, Álvaro

de Zúbiría) y sobrevino el reflujo y la diáspora total del movimiento.

No obstante, el doctor José Consuegra Higgins se resistió a dejar la rectoría y se ‘asiló’, por así decirlo, en la facultad de Bellas Artes y siguió despachando desde allí, a la espera de que el estudiantado respondiera y lograra reponerlo como rector, pero el movimiento ya estaba agotado, la represión era alta y las escaramuzas que se hicieron al respecto fueron aplastadas.

Frente a esta realidad, el doctor Consuegra, rodeado de un grupo de profesores, directivos y estudiantes expulsados que lo seguían, fue madurando la idea de fundar una universidad tipo palenque libertario que fuera escenario propicio para las ideas, con fuerte sabor popular, de puertas abiertas y sin policías, contraria a los cuarteles en que el Estado pastranista había convertido a las universidades públicas. Y a punta de carteles, comunicados a la ciudadanía y convocatorias sin tregua, «bajo el árbol de una casona del barrio El Prado el 01 de marzo de 1973 se empezaron a impartir las clases en lo que se llamó Corporación Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, una universidad del pueblo y para el pueblo». Y, por supuesto, en este éxodo espiritual estuvo presente el maestro Aquiles Escalante a quien hoy esta institución le rinde con justeza tributo académico.

Al gobierno de Pastrana le sucedió el del liberal Alfonso López Michelsen en 1974, el cual nos reintegró a la Universidad del Atlántico y así pude culminar el semestre que me faltaba, graduarme y obtener el título, y en 1975 fui llamado por el doctor José Consuegra Higgins a que me vinculara a unas cátedras de Filosofía en el programa Ciencias Sociales donde fui profesor durante 2 años. Allí

me reencontré con el maestro Aquiles en el programa en el cual después sería su decano.

Contrariamente a lo que yo pensaba, tan pronto llegué me dio la bienvenida a la Universidad sin ningún rencor, llamándome colega, lo cual me avergonzó. Realmente me sentí disminuido ante su estatura y trayectoria intelectual. El tiempo que duré expulsado de la Universidad del Atlántico para mí fue de expiación, revisión y reflexión como agente victimario. Muchos de los que fueron agredidos por nuestra intolerancia generacional terminaron por perdonarnos. Otros no, como ya dije, y lo tenemos merecido, aunque fuesen actos prácticamente inconscientes. Incluso el rector que me nombró en 1977 como docente de planta en la Universidad del Atlántico donde continúo vinculado, José Stevenson Collante, era gran maestro grado 33 de la masonería. Otra lección de la vida. Bofetada, diría yo. Con el profesor Aquiles hasta ese entonces la relación había sido maestro-discípulo, pero ahora se comenzó una amistad y hasta siempre. Nunca me habló del enojoso tema del veto que quisimos rotularle, sino que compartimos temas académicos, de sus investigaciones, de sus experiencias, de sus viajes, etc.

Para algunos el maestro Aquiles se pasaba de prepotente, pero no; era lo que era, en su justa dimensión. Siempre me decía que él abría la trocha y que los demás venían detrás; que no tenía la culpa de que Herskovits lo citara; que cierto rector de la Universidad del Atlántico tuvo que ir a Estados Unidos para saber quién era él, y que si aquí en Barranquilla hubiera un maremoto todos desaparecerían, pero él quedaría en las bibliotecas de Europa y Norte América. Pues bien, en el siguiente acápite vamos a demostrar que estas últimas cuatro afirmaciones que les acabo de decir son verdades.

2. Aquiles, el antropólogo

Barranquilla y su entorno ha sido no solamente referencia desde el punto de vista del desarrollo material, repercutiendo su prosperidad a nivel nacional, sino también del desarrollo espiritual. Desde el siglo XIX la ciudad fue ejemplo a imitar en el resto del país y existen suficientes hitos para demostrarlo. Una vez definida la independencia de España, por aquí se inició la navegación a vapor por el río Magdalena (1823), llegando a ser el primer puerto del país. Luego tuvimos primera línea férrea, primer servicio telefónico, primer gran muelle del país, los primeros en ver cine, primer vuelo en avión, lo mismo que el correo aéreo y vuelos internacionales. Primeras empresas públicas municipales, primera emisora radial, primer semáforo, primer hotel turístico, El Prado. Primer estadio olímpico, primer puerto aéreo, marítimo y fluvial. Primera universidad pública descentralizada: la Universidad del Atlántico, creada por ordenanza departamental; luego serían creadas las demás del país, que hoy llegan a 32 en el llamado SUE (Sistema Universitario Estatal).

Mas todo no ha sido liderazgo en el desarrollo material. Nuestra ciudad debe reclamar el haber sido cuna de pensadores que también fueron pioneros en Colombia de sus respectivas disciplinas. Julio Enrique Blanco, además de fundador de la Universidad del Atlántico, es el primer representante de la Filosofía moderna en Colombia; Luis Eduardo Nieto Arteta, primero en introducir la Economía en la Historia; Orlando Fals Borda, fundador de la Sociología moderna; Alejandro Obregón, primer exponente del arte moderno; Francisco Galán, creador del merecumbé que nos identifica en el mundo; y el grupo de Barranquilla, tan ligado a esta Perla que los albergó y donde

estamos convocados hoy, y que fue definitivo en la formación literaria de nuestro premio Nobel de literatura, Gabriel García Márquez, amén de las excelsas poetisas Amira de la Rosa y Meira Delmar. Y en el campo de la Economía latinoamericanista y de la Antropología figuran indiscutiblemente José Consuegra Higgins y Aquiles Escalante Polo.

Barranquilla es hija de la República; no tuvimos pasado colonial ni conocimos la esclavitud. Nacimos antes que libres, libérrimos, y por ello tenemos suficiente distancia epistemológica para poder estudiar sin contaminación afectiva el fenómeno racial o racista del negro, tal y como lo hizo el maestro Aquiles cuando todos los estudios etnológicos del país, por los años 40 y 50 del siglo pasado, se orientaban hacia las poblaciones indígenas, aunque también incursionara en ellas, básicamente a través de los Mocaná en el departamento del Atlántico y en su natal Santa Ana de Baranoa.

El maestro Aquiles, como se sabe y de seguro aquí se habrá repetido en varias ocasiones, debe su formación académica a la Normal Superior de Bogotá, Sección Sociales, y el Instituto Etnológico Nacional hacia el decenio del 40 del siglo pasado, donde estuvo en contacto con la Escuela francesa de Antropología a través de Paúl Rivet y posteriormente siendo becario en Estados Unidos en dos ocasiones, una en la Memorial Foundation y la otra la de Gugenheim. Allí recibió la influencia del antropólogo estadounidense Meville Herskovits, especialista en estudios africanos y de las culturas negras de su país.

Quizás a esto último se debe el hecho de que el maestro Aquiles se hubiese apartado de la tendencia general que seguían en esa época los estudios etnológicos en

Colombia sobre las culturas de los pueblos prehispánicos americanos y tomara la ruta de la cual fue pionero con sus investigaciones en materia de negritudes. Evidentemente el maestro Aquiles abrió la trocha, como él decía. Su primer trabajo fue *El Palenque de San Basilio* (1954). Diez años después y producto de sus investigaciones a nivel nacional vendría *El negro en Colombia*, su máxima obra (1964), y *La Minería del hambre: Condoto y la Chocó Pacífico* (1971). Después aparecerían otros trabajos que se mencionarán más adelante.

Sobre la elaboración de *Minería del hambre*, fuimos testigos sus alumnos de Antropología en la Universidad del Atlántico. En nuestro curso estudiaba un joven negro chocono, oriundo de Condoto, pueblo minero y arruinado por las explotaciones de oro de las compañías extranjeras. Su nombre, recuerdo, era Lino Bravo. No se me olvidó nunca porque hubo un baladista español que se llamaba Nino Bravo, que los jóvenes de entonces disfrutamos y que tuvo una muerte trágica en una motocicleta en Madrid en 1973. Nuestro compañero viajaba con el maestro a su tierra, le servía de guía, y de vuelta nos narraban al estilo taller sus experiencias. El libro *Minería de hambre* se publicó en 1971 en pleno movimiento estudiantil del que les hablé al principio de estas rememoraciones.

Pero cómo olvidar las enseñanzas del maestro Aquiles. Él nos completó en Antropología Física a Engels, el compañero de Marx, que para nosotros era casi un Dios en todo el sentido crédulo del caso, diciéndonos que sí, que la mano había hecho al hombre pero que a Engels se le olvidó la importancia del dedo gordo del pie para mantener el equilibrio en la locomoción bípeda. O sea, que sin pies las manos no serían, ni tampoco el hombre. Lo mismo

que el fútbol (cuando eso era el 7.º mundial de México 70 del rey Pelé y su corte, máxima expresión del fútbol como arte, dicen los entendidos), cuya palabra es un apócope inglés de *bolapié* o *balompié*, que además no se juega con los pies sino con la cabeza.

Permítanme una breve digresión a propósito de esto. Cuando llevamos al doctor José Consuegra Higgins a la rectoría, lo entrevistó un periodista y le preguntó por sus orígenes, y él le respondió que había nacido en un pueblito humilde llamado Isabel López. «Ah, de donde es oriundo el futbolista Antonio Rada de la Selección Colombia y que estuvo en el campeonato mundial de Chile en 1962», interrumpió el cronista. «Sí», continuó el doctor Consuegra; pero agregó inmediatamente: «Solo que lo que él hace con los pies yo lo hago con la cabeza».

Pero sigamos. Con el maestro Aquiles aprendimos que el hombre no solo es un animal racional, como decía Aristóteles, sino que era un ser tetradimensional; es decir, de cuatro dimensiones y no solo dos, ya que era biosociopsicocultural y que es la última dimensión la que nos hacía diferentes: la cultura. Las demás dimensiones las compartimos con otros seres de este planeta.

También nos derrumbó el concepto 'raza', pues nos decía que estas nunca han existido, mucho menos 'puras' y muchísimo menos que fuesen cuatro. Nos desterró ese concepto de raza y nos lo reemplazó en nuestro código mental por el adecuado antropológico de grupos étnicos que no son cuatro sino más de 150, y que todos los hombres indistintamente pertenecemos a la misma, única y universal especie del *homo sapiens*, por lo que las diferencias son externas y aparentes, y por ello podemos

mezclarnos. No hay superioridad entre sus individuos porque todos estamos potencialmente dotados de las mismas capacidades para actuar en el mundo, dominarlo y ponerlo a nuestro servicio, que es en última instancia lo que denominamos cultura. La primera obra cultural fue anónima y recae en un antepasado nuestro que fue capaz de sacarle él mismo filo a una piedra. Es el primer instrumento de trabajo: el hacha de mano; luego vendría el resto hasta la actualidad.

Con referencia a la cultura negra nos decía que hay muchos negrófobos en Colombia que se creen 'blancos'. Aquí todos somos café con leche. Algunos tienen más leche que café y otros más café que leche, pero todos somos café con leche —burlándose de los cachacos—. Esos y muchos más de los insumos teóricos que él llevaba a los salones de clases los incorporó a su libro *Antropología General: Apuntes* (1981).

3. Aquiles, el creador

El maestro Aquiles también estuvo involucrado en la creación y el fortalecimiento de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad del Atlántico, primera en toda la Costa Caribe colombiana. De ella se dice que educó a toda la región, pues sus egresados en calidad de Licenciados se dispersaron por todos sus departamentos hasta los rincones más apartados.

Sus orígenes están ligados a la Escuela Superior de Idiomas y al Instituto Pestalozzi (1954), ambas obras del profesor turco Alberto Assa Anavi que posteriormente, en conjunción, se incorporaron a la Universidad del Atlántico en 1963, convirtiéndose en Facultad de Ciencias de la

Educación ofreciendo el programa de Licenciatura en Filosofía e Idiomas. El maestro Aquiles, que ya estaba de regreso de Estados Unidos junto con el profesor Eduardo Peña Consuegra estructuraron para 1964 la Licenciatura en Ciencias Sociales como una especie de émulo del programa homónimo de la Normal Superior que él había cursado en Bogotá, dado que tenía una fuerte presencia de asignaturas como Prehistoria, Antropología física y Antropología cultural, Sociología, Economía y Filosofía, amén de Historia y Geografía universal y de Colombia, atravesados horizontalmente por las materias pedagógicas de Psicología y Didáctica hasta las prácticas pedagógicas.

Resultado final: un Licenciado de formación integral listo y capacitado para la enseñanza en todas las disciplinas humanas en la enseñanza media. Esta Facultad crecería luego con la Licenciatura de Matemática y Física (1966) y la Licenciatura en Biología y Química (1970), completándose así las 4 grandes áreas de los saberes básicos. Pero es el programa de Ciencias Sociales del maestro Aquiles y el profesor Peña el que se convertiría en un bastión de las luchas estudiantiles y docentes de la Universidad del Atlántico hasta el presente.

Por otro lado, cuando el éxodo del doctor José Consuegra Higgins de la sede central de la Universidad del Atlántico hacia Bellas Artes en 1972, el maestro Aquiles lo acompañó y formó parte del proceso de creación de la Universidad Simón Bolívar, de la cual fue profesor y posteriormente Decano de Ciencias Sociales. Allí fundó el posgrado a nivel de Especialización en Sociedad y Cultura Caribe y dirigió la revista *Educación y Cultura*.

También estuvo como director del Museo de Antropología de la Universidad del Atlántico que fue fundado

en 1975 en reemplazo del Instituto Etnológico que dirigió Carlos Angulo Valdés, que hacía más énfasis profesional en la Arqueología. Ese fue la diferencia entre estos dos hombres de la Antropología y que habían estudiado juntos en Bogotá, siendo egresados ambos de la Normal Superior y del Instituto Etnológico Nacional.

El maestro Aquiles le daba más importancia a lo etnológico y decía que él estudiaba a la vida (grupos humanos y culturales) mientras que los arqueólogos con sus excavaciones lo que recuperaban eran huesos, vasijas y utensilios para reconstruir pasado. «Quien cava zanjas encuentra muertos», solía decir. Evidentemente que ambas son importantes para la Ciencia de la Antropología en su conjunto.

El Museo de Antropología posteriormente pasaría a formar parte de la Facultad de Ciencias Humanas cuando se fundó en 1994, siendo yo su primer decano; pero cuando llegué ya el maestro Aquiles no estaba en su dirección y me correspondió designar como director al investigador Álvaro Tirado Arciniegas, aquí presente, y cuyas juiciosas anotaciones quiero valorar, pues me fueron de gran utilidad para elaborar estas líneas. Después sería nombrada la doctora en etnolingüística, María Trillos. Dicho museo sigue funcionando en el segundo piso del edificio central de la Facultad de Bellas Artes, hoy en proceso de refacción.

Dentro de las investigaciones del maestro Aquiles, además de las ya citadas, cabe destacar *Glosario de afrocolombianos* (1975), *El Palenque de San Basilio: una comunidad de descendientes cimarrones* (1979), *La máscara de madera en el África y el carnaval de Barranquilla* (1980), *Influencia Bantú en la cultura popular de la Costa Atlántica colombiana* (1988), *Significado del lumbalú, ritual funerario*

del palenque de San Basilio (1989), *Algunas creencias y prácticas mágico-religiosas afroamericanas* (1993), *El negro en la economía y la cultura de la Costa Atlántica colombiana* (1995), *Los negros en la conquista de la Costa Caribeña* (2000), y *Esclavos indios en la costa del Caribe colombiano* (2001), publicada apenas un año antes de morir.

Curiosamente el primer trabajo investigativo del maestro Aquiles fue también sobre los indios y se tituló *Un confesionario en la lengua Páez del Putumayo*, publicado en 1946, como nos lo indica la antropóloga Rudy Amanda Hurtado Garcés. Sin lugar a dudas, Aquiles Escalante Polo es uno de los representantes más brillantes de la primera generación de etnólogos del país, difusor de las Ciencias Sociales y Humanas en general y pionero de los estudios del negro en Colombia, tal y como lo enuncia el título de su principal obra. El maestro Aquiles no ha muerto; continúa vivo en las bibliotecas de Europa y Estados Unidos: Y en las nuestras también.

Muchas gracias.

Barranquilla, octubre 6 de 2022

